

VICENTE MENGOD

PERFIL HUMANO
DE MILTON ROSSEL

LA MUERTE es algo inevitable que le sucede a la vida. Pero ese acto, cuando ha llegado a modelar los sueños del hombre, le hace remontar el fluir de la existencia, para volver a encontrar, en cada momento, lo inconsciente y maravilloso, el cielo de las leyendas, los primeros años, llenos de presentimientos y adivinación. La presencia de los seres humanos en la tierra se hace y deshace en función de las circunstancias, al filo de las situaciones, según dicen los filósofos personalistas.

Son los momentos valiosos, significativos, que van modelando la experiencia, que sitúan al hombre en los disparaderos de su conducta y aficiones.

Milton Rossel vivió su carrera de maestro y soñó la literatura como uno de sus menesteres concretos, quizás buscando los senderos de momentáneas evasiones. Muchas historias individuales y colectivas tienen su explicación aproximada, cuando se intuye qué luz deslumbradora puso energía en su vida.

Así como la sociedad tiene un repertorio de palabras, que le sirven para manifestar su posición humana, los hombres viven y acarician la esencia de unos vocablos que son exponentes de su actitud frente al mundo. Esos términos, al instaurarse en lo más profundo de la persona, se convierten en virtudes, en robustez de espíritu, en normas de existencia.

Tenía Milton Rossel un enamoramiento de la palabra precisa, quiso cernirla en sus latidos, llegar a las fuentes del lenguaje. En sus intentos de perfección, recordaba la afirmación platónica que dice: "los dioses emplean las palabras de manera distinta, porque las usan en su sentido propio".

Frente al amigo que se nos fue, sólo cabe desandar los años en busca de lejanas primaveras y de aquellos momentos en que nos decía su santa admiración por la obra de sus contemporáneos chilenos, a quienes estudió con nobleza.

Han transcurrido más de cinco lustros desde que circunstancias diversas me llevaron a empujar los horizontes chilenos. Y aquí tuve la suerte de conocer en seguida al profesor Milton Rossel, precisamente en una escuela de verano de la Universidad de Chile. Nuestro diálogo se prolongó todos aquellos años, en la calle, en los liceos, en su hogar y en el mío.

¿Pero qué es un diálogo sostenido e inconcluso?

Quizás, un intercambio de ideas, la eterna confrontación de ciertas dudas que señalan nuestra conducta, para llegar a conclusiones que dicen: el hombre se hace a sí mismo, con los materiales que le entregó el destino. El carácter se muestra y se conquista por el cruce imprevisible, con los demás en la vida.

He ahí la situación azarosa, que decide y entona lo más esencial de nuestras vocaciones.

Milton Rossel tenía vocación de pedagogo. Con seguridad, fue desplegando el panorama de las letras chilenas, ante los ojos de un español que nada sabía de Chile, excepción hecha, tal vez de tres o cuatro nombres que habían sido editados en la Península.

Muy pronto, mi biblioteca se pobló de obras nacionales, y en tertulias, ahora inexistentes, oí discusiones, que entonaron mis lecturas sistemáticas.

Leí los originales de varios libros, que antes habían sido corregidos por Milton Rossel. ¡La voz silenciosa, anónima que no suele valorarse, pero que indica el respeto, la confianza que se habían depositado en el crítico! Tanto es así que varios ensayos en torno a la crítica literaria escritos por Rossel han merecido la más amplia aceptación de los definidores del género.

Su visión de los grandes temas de la cultura le permitió dar prestancia intelectual a La Revista Atenea, de la Universidad de Concepción, incorporando a sus páginas, esencialmente, lo más promisorio y granado del pensamiento nacional.

Fueron sus palabras predilectas: amor, crítica, euforia, amistad.

Siempre he creído que es posible dibujar la curva sensitiva de un hombre, mediante el análisis de su repertorio expresivo.

Sabido es que los vocablos logos, eidos, sofrosine y paideia y eros son conceptos esencialmente helénicos. Partiendo de ellos, pode-

mos reconstruir gran parte del pensamiento y del estilo de vida de los griegos. De la misma forma, entre los romanos, valen como símbolos de vida y cultura los términos *autoritas*, *virtus*, *respublica*, *humanitas* e *imperium*. Unido a esas palabras, el orgullo indomable de ser un "*civis romanus*", un ciudadano.

Por los caminos de la lingüística, es posible llegar a los entresijos del ser gregario o en soledad. No en vano se ha dicho que, al principio, fue la palabra, pero la palabra racional, no el término mágico. Y por la misma razón, en nuestros días, se escriben muchos libros de antropología cultural.

Milton Rossel sabía que el amor se le despeñaba jocundo, pletórico, limpio.

Su amor, con reminiscencias platónicas, de naturales estéticas, en última instancia, aplicado a los menesteres literarios conocía la imperfección del amante y la efectiva o lírica perfección de lo amado. De ahí su inquietud, su espíritu de lucha, las frecuentes correcciones a que sometía sus escritos.

Por haber siempre una imperfección con respecto a otras, hay amor, impulso que entona la existencia y produce desazones, sin duda, porque es el más complejo en la serie de los valores. No en vano el amor exige abundancia de vida interior, generosidad, plenitud que confiere importancia a la actividad ajena, a los libros que la indiferencia había dejado velados. El amor estético de Rossel se convirtió en limpia agilidad de comprensión. Como ejemplo, ahí están sus estudios de las obras de Marta Brunet, de Eduardo Barrios, de Mariano Latorre. Y también la esencial captación de la existencia criolla, con la radiografía espiritual de los huasos, sentenciosos e irónicos, que musitan sus palabras entornando los ojos, en voz baja, con una senequismo que alguien diría trasvasado desee las serranías andaluzas. Rossel vio todo esto y escribió unas aproximaciones al problema del criollismo.

En varias oportunidades le oí decir que el movimiento estético denominado "pastoralismo", aunque importado de Europa, tiene raíces americanas. Es producto de dos hechos: el redescubrimiento del mundo clásico y la revelación de la Naturaleza, gracias al descubrimiento de América. Ese pastoralismo arcádico, raíz del costumbrismo, triunfó en Italia y en España, pero regresó a tierras de América para crear el deseo de conocer la vida que los hombres llevan en los campos y pueblos minúsculos. ¿No será el criollismo, como decía Rossel, una semilla que forzosamente debía germinar en

Chile, en una tierra que inyecta en el alma del criollo y del extranjero un chilenismo romántico?

Como una de sus dedicaciones, explicaba con fruición sus ideas de lo que debía ser la crítica literaria. Para entender las obras, remontaba las causas de su génesis. Y entonces, en recodos inesperados, lo detenía el vocablo "vivencia", uno de sus predilectos, enpleado con frecuencia en sus escritos.

Crítica y crisis se dan la mano en sus ensayos. Discriminar y criterio juegan a las cuatro esquinas en sus artículos, llegando a colarse por los derroteros del criticismo, tendencia, no sin graves riesgos, que hace de la teoría del conocimiento la base de toda investigación

¿Qué significado tenía para el crítico el término "vivencia"?

Solía referir la aventura de quien habla de un bosque sin haberlo vivido nunca y señalaba los necesarios errores de semejante invención. Porque es fácil distinguir el momento en que un escritor deja volar su fantasía y cabe señalar, con cierta exactitud, las zonas de su obra en donde la verdad vivida se hace presente. Milton Rossel, estudiando la obra de Eduardo Barrios y de Marta Brunet, apuntó, con seguridad hacia las zonas, oscuras en apariencia, que marcan las situaciones vividas, verídicas, de obras como *Un Perdido*, *María Nadie* y *Amasijo*.

Por ese camino de la vivencia, llegó a razonar los orígenes del amor platónico en varios personajes del romanticismo criollo. Para llegar a la conclusión que los galimatías discursivos de Platón, hombre que lanzó la primera piedra sobre los tejados frágiles de la naciente Sicología, eran la causa de muchas tragedias del hombre actual. Porque tener vivencias y utilizarlas es sumamente complicado y comprometido.

Cuando el hombre aborda los dominios del arte, de la política y de la religión, para ser original, ha de manejar sus ideas vivas, las realidades que han permanecido en su espíritu después de muchas y pacientes decantaciones. Por eso, defender nuestras ideas equivale a luchar por nuestra propia vida intelectual, en su más cabal sentido.

Con razón se ha dicho que, para escribir el primer verso de un poema, es necesario haber vivido toda una vida rica en experiencias, en imágenes sensibles, cuyos trazos materiales fueron aventados.

"Primero vivir, después filosofar". Lo contrario es un hablar que baja de la charla, en vez de ser la conversación que sube desde el alma y de las ideas.

La euforia de nuestro amigo se hizo nebulosa, cuando los años

poblaron su sensibilidad. Conservó intacto el profundo sentido de la amistad que hace fuertes a los hombres.

Sí, la vida penetra todas las realidades, oscila entre la intimidad y las sollicitaciones exteriores, se afirma en actitudes, en actividad, se hace continuamente a sí misma.

Sobre las alegrías caen los sinsabores, pero siempre subsiste el temple de cierta espiritualidad, conseguida por caminos diversos. Y entonces, la euforia se convierte en melancolía, en un rebrote de romanticismo. Esa era la tónica de las cartas últimas que escribiera Milton Rossel. Entre líneas, se destaca su configuración anímica, los resortes de su conducta.

Cuando esa melancolía se le instauraba en la memoria, los recuerdos, tal vez, desdibujados por los años, solían entregarle esas imágenes que se superponen en las zonas de la conciencia y que constituyen el armazón sensible e ideológico de los hombres.

Escribió a uno de sus amigos: "de súbito, como un alud, se me caen sobre la conciencia múltiples y contradictorios recuerdos. Toda mi larga vida de estudiante, mi quehacer vital. ¡cuántos años han transcurrido de todo aquello! ¿Será que estoy viviendo del pasado, que el presente no me preocupa y que el mañana no existe?"

Poco antes de su muerte, en una ciudad marítima, creyó que el otoño se estaba metiendo en su vida. Fue la suya una intuición de evocaciones fúnebres: "Durante muchos tiempo me parecieron vacías las calles de Santiago, cuando no encontraba a Mariano Latorre y mantuve largos meses la ilusión de que volvería a verlo. Con la partida de Joaquín Edwards Bello me ha sucedido algo análogo. Sí, Edwards Bello era algo que se ha dicho, un gran caballero, un gran señor violentísimo, con arrebatos infantiles, como los míos..."

"Perdón, por el tono melancólico, negro, de estas líneas, escritas siguiendo el ritmo desacompasado de mi corazón, sin sujeción a ninguna lógica".

Ahí, en esas palabras, está la imagen real del amigo que se nos fue. Todo lo demás, algunos de sus gestos, como él mismo decía en momentos de recogimiento, era algo así como la falsa huida, para vivir una realidad ficticia, buscando el propio engaño, creando la singular apariencia.

Y es que el hombre, busca sus defensas, pero esas murallas postizas caen sin esfuerzo, sobre todo cuando el silencio deja oír sus voces íntimas.

Cada vez que se discurre por las veredas del tiempo que ya fue,

ese tiempo renace majestuoso, como una vibración mensurable al compás de la sangre que fluye. Los verdaderos silencios brotan y se deslizan desde las suaves azoteas del crepúsculo. Silencio y sinceridad andan juntos. En ese instante, el ser humano siente circular por sus venas la pujante melodía sin sonido. Los recuerdos fluyen con seguridad, dibujados por los pinceles de los años y de las leguas.

Se ha dicho que Josué hizo sonar las cornetas y ordenó los cantos de los soldados para derribar las murallas de Jericó. En su acción hubo simbolismo. Significó algo así como el principio de un nuevo estilo de vida. Equivalía a separar los obstáculos que impiden la visión de necesarias perspectivas. Horizontes nuevos, tal vez soñados, como resultados de la evocación del tiempo, de la desapacible humedad de las cenizas.

¿Qué supone para un hombre oír el silencio?

Milton Rossel decía que era como una campana que oscila sin sonar, el instante en que los caminos desaparecen y el espacio se refleja en sí mismo. Los baluartes caen sin estruendo y la vida se reúne en los últimos reductos de la piel.

Con estos datos es posible aproximarnos al perfil íntimo del hombre que hizo de la literatura y de la amistad sus mejores baluartes.

Sabemos que deja inédito unos cuentos en los que recogió sus andanzas juveniles y sus observaciones de crítico. En esas páginas hay personajes, a veces muy conocidos, que son ejemplo de unas inquietudes afincadas en la sicología nacional.

Vivir, dicen los filósofos de la existencia, supone estar anclado en el mundo, en un paisaje activo, que nos invita, irremisiblemente, a intuir la duda y el absurdo, y cierto disgusto desesperanzado. Ahora bien, dentro de tales coordenadas psicológicas se producen fisuras, se abren boquetes por los que es posible iniciar la evasión. Unas veces hacia las regiones metafísicas; otras, tierra adentro, en donde está escrito que la agonía del hombre no es un valor negativo, sino más bien, y eso lo dice la primigenia acepción de la palabra, es algo así como un ferviente anhelo de acción, frente a los molinos de viento y más allá de las imágenes de esperpento que suelen reflejarse en los ojos de los seres humanos.

A lo largo de sus años de profesor y de escritor, Milton Rossel conoció los trances de atreverse, de arriesgarse en múltiples menesteres. Durante las tertulias, comentando su filosofía de la vida, afirmaba que no sentía nostalgia del pasado ni la feroz impaciencia del

porvenir. Su razón de existir se cifraba en el presente, huidizo, si se quiere, vital en definitiva. En una de su cartas escribió: "Miro mi destino con mucha tranquilidad. No le temo a la muerte. Me parece algo muy natural: la destrucción de la materia, que da vida al espíritu".

Para que sobreviva en nosotros el recuerdo del amigo, hagámosle un duelo de labores y de esperanzas".